

LUGAR Y FUNCION DE LA FILOSOFIA EN LA SOCIEDAD Y EN LAS UNIVERSIDADES MEXICANAS

16

Mtro. Fil. Sergio Lucio Torales / Departamento de Filosofia

Las Escuelas, Departamentos y Facultades de Filosofia del país celebraron su III Encuentro Nacional en la ciudad de Guadalajara, Jal., el 25 de marzo de 1993 con la finalidad de reflexionar sobre el lugar, el papel, los contenidos, la metodología y el perfil del profesional de la filosofia en México. Esta agenda de trabajo responde a un conjunto de problemas que se han suscitado en esta época contemporánea: crisis de contenidos y métodos de enseñanza; crisis de matrícula; crisis del papel o función del filósofo dentro de la sociedad, etc. Estas notas intentan hacer una descripción del lugar y del papel que la Filosofia ha desempeñado a lo largo de la historia de México con el objeto de revalorizar la gran tradición filosófica mexicana y poder encontrar los nuevos rumbos del profesional en Filosofia. Hay un dicho o costumbre popular que señala que cuando se está en crisis una de las maneras de salir de ella es recurriendo a las fuentes, a la tradición, con el fin de encontrar nuevos caminos de solución. Creo que no podemos negar la historicidad del hombre aunque algunos recientemente se han empeñado en hacerlo. Esto no quiere decir que esté de acuerdo con lo realizado, sino que éste es el punto de partida para un nuevo comienzo.

Por otra parte, la Historia de la Filosofia nos muestra cómo la reflexión filosófica ha estado ligada directa o indirectamente con la vida real de los hombres. Este hecho responde al carácter netamente humano de la misma filosofia; filosofar es un ejercicio cotidiano del hombre. En esta ocasión me interesa resaltar la reflexión directa del hombre, es decir la filosofia práctica. Algunos filósofos pensarán que hacer filosofia práctica no es tan propio de la filosofia, sin embargo, en nuestra época contemporánea vemos cómo se ha sacrificado el puritanismo de la academia por una posición crítica de la misma. Las escuelas más

productivas descendieron de la torre de marfil de la filosofia de los orígenes que pretendía llegar a las últimas causas. Los antropologistas filosóficos y los filósofos de la crítica social intentaron integrar el contenido material de las ciencias humanas; los fenomenologistas hermenéuticos y los existencialistas hicieron trizas el cuadro de una filosofia teórica autárquica; las teorías neopositivistas de la ciencia y la lingüística se preocuparon en un principio por la explicación y la conducta de la vida, etc. Mas aún, los pueblos latinoamericanos se han caracterizado más por una filosofia práctica que por una metafísica pura. Pero si reflexionamos en esta distinción creo que más que real es prejuiciosa o de pose ya que el que hace filosofia práctica de ninguna manera deja de hacer reflexiones de primer nivel.

Con estos elementos que se han señalado intentaré hacer un recorrido histórico del lugar y el papel que ha tenido la filosofia en la sociedad y en las universidades mexicanas con el objeto de mostrar cómo la reflexión filosófica ha estado presente en todas las épocas del desarrollo histórico del país y la necesidad de asumir los nuevos problemas que nos plantea.

La filosofia se ha cultivado en México desde antes de la fundación de la Universidad Pontificia en 1553, y nunca, excepto en la época del positivismo, se ha dejado de estudiar en colegios de enseñanza media y superior. Este solo hecho puede bastar para considerar a la filosofia plenamente neutralizada en la cultura mexicana, con el derecho que le otorga una actividad ininterrumpida durante cuatro siglos.

Además, en los grandes acontecimientos sociales y políticos que resaltan en la historia de México, hay un fondo de ideas filosóficas, más o menos visibles,

que delatan la preocupación de ajustar la vida a ciertas normas de pensamiento. Este hecho hace pensar que la filosofía no sólo se ha trabajado en la academia, sino fuera de ella, por eso es conveniente analizar no sólo la actividad filosófica de las universidades, sino ver el tipo de ideas de los humanistas, hombres de ciencia, politólogos, educadores, economistas, moralizadores, etc., para poder valorar el grado de presencia que la reflexión filosófica ha tenido en el país. Por lo anterior podemos decir que la filosofía no sólo ha tenido un lugar en los centros de educación formal, sino también en el desarrollo de la vida mexicana. Estos dos elementos de academia y vida cotidiana le dan a la filosofía en México un lugar importante.

En relación con la función que desempeña la filosofía en la sociedad y en las universidades mexicanas es conveniente hacer un memorándum histórico que nos permita visualizar tal función. De antemano, la filosofía en México, como en otros países del mundo, ha estado ligada al contexto histórico de la época. La gran diferencia que estriba en países desarrollados y países como el nuestro es su originalidad en la generación de abundantes corrientes filosóficas. Por esta razón, lo que hay que investigar de la filosofía mexicana no es tanto su originalidad, sino la forma peculiar en que este movimiento se ha reflejado en nuestra vida intelectual. Lo verdaderamente importante en nuestra historia filosófica es hacer comprender qué ideas o doctrinas y en qué modo han contribuido a desarrollar la personalidad de nuestro ser y de nuestra cultura nacionales, cuáles ideas filosóficas se han asimilado, convirtiéndose en elementos vitales de nuestro ser mexicano.

Desde los primeros años de la colonia llegan a México un conjunto de corrientes de pensamiento filosófico importantes. Se introduce en el país el humanismo, la utopía de Tomás Moro, Erasmo y la escolástica. Es conveniente señalar que lo que vive España se refleja materialmente en la colonia. España se colocó, frente al renacimiento y la reforma, en la

contrarreforma; sustituye el nominalismo de Occam por Santo Tomás de Aquino; predomina la filosofía política y jurídica por encima de las ciencias y la metafísica pura; aunque el humanismo se cultivó en Alcalá, éste fue un ave de paso en España; y sólo en Sevilla se cultivaron las ciencias positivas en la casa de la contratación como: la navegación, matemáticas, astronomía, cartografía, hidrografía, etc. Pero lo más sobresaliente que hay que hacer notar es que España



nunca pensó en hacer algo diferente en la Nueva España, sino lo que pretendió y llevó a cabo fue reproducir su propia vida, es decir hacer, de la Nueva España otras tantas Españas. Para esta tarea se sirvió del neotomismo para desarrollar su plan. Por eso la filosofía escolástica resurge con nuevo vigor, tanto en España como en Nueva España, a pesar de las críticas del renacimiento. La escolástica se dividió en dos: la de los teólogos dominicos que vuelven a la tradición de Santo Tomás de Aquino y la de los teólogos de la Compañía de Jesús que la utilizan para combatir la Reforma y que culmina con Francisco Suárez. Estos datos permiten señalar el papel importante que la filosofía escolástica jugó en España. Esta sirvió para contrarrestar los ataques al principio de autoridad y al dogma religioso, para afrontar los cambios que se dan en la física aristotélica a raíz de los descubrimientos geográficos y astronómicos, para marcar una dirección política ante el resurgimiento de los nuevos estados nacionales que ponen en entredicho los intereses de la Iglesia y para afrontar el surgimiento de un nuevo régimen económico. Esto que se da en España va a florecer durante tres siglos en la Nueva España.

La práctica de estas doctrinas se hicieron desde la academia y en la vida práctica. En la vida práctica la utopía de Tomás Moro sirvió para organizar la vida social, productiva, religiosa, etc., de los tarascos; Erasmo fue empleado para catequizar a los pueblos indígenas de la metrópoli (fray Juan de Zumárraga); la escolástica fundamentó la defensa de los indios de los abusos de los conquistadores y legitimó el régimen colonial. En el plano académico predominó la escolástica renovada representada por los jesuitas. El fondo era Aristóteles y gran parte de la enseñanza filosófica se redujo hasta el siglo XVIII al comentario de las obras de Aristóteles en especial la lógica, la psicología y la física. La práctica de esta filosofía era privilegio del clero que la ejercitaba en sentido escolástico, como auxiliar de la teología, y era también privilegio fundamental de las concepciones jurídicas.

El siglo XVI fue cuando el pensamiento escolástico llegó a su máximo nivel en todos sus aspectos; pero el siguiente siglo se caracteriza por un período de inercia y estancamiento, por un ambiente de estricta ortodoxia. Se carece de apoyos bibliográficos porque no llegan a la Nueva España libros, hay un ambiente de desconfianza por lo que la censura surge con fuerza, las grandes novedades científicas y filosóficas son ignoradas. En resumen, es el dominio absoluto

del escolasticismo sobre las demás corrientes.

El aprendizaje se centró en la memorización de las sùmulas y los ejercicios dialécticos van matando la lógica hasta quedar reducida a un verbalismo hueco. El adiestramiento en el silogismo tiende a mecanizar el pensamiento que carente de un objeto serio a qué aplicarse utiliza aquel método en la exhibición de un falso talento en torneos pseudo-filosóficos. Para lo único que servía era para fomentar la vanidad y la pedantería. El perfil que se obtiene bajo el sistema decadente de la escolástica son hombres de estupenda memoria que deslumbran con citas clásicas y alusiones a los mitos.

El siguiente siglo es reconocido como de renovación filosófica impulsada por la inconformidad del régimen colonial. Por eso apenas aparece el espíritu crítico se aplica a demoler con pasión a la filosofía escolástica, que los mexicanos consideran como uno de los instrumentos de los poderes dominantes. La renovación filosófica que fue realizándose durante este siglo, produjo como consecuencia el despertar de la conciencia mexicana, el sentimiento de que el país había llegado a la madurez de edad y podía vivir, por tanto, sin la tutela extraña.

Los mexicanos descubren, mediante un nuevo sentido crítico, que la enseñanza de la escolástica está en desacuerdo con la vida real o bien la encubre, y casi al mismo tiempo conocen otra filosofía que explica mejor esa vida y ayuda a resolver los problemas que ella plantea. La filosofía carteciana entró de lleno en México y uno de sus precursores fue Gamarra el cual no sólo llevó a cabo una reforma de la filosofía teórica en el sentido carteciano, sino que cambió todo el plan de estudios en su colegio de San Miguel el Grande.

A raíz de esta penetración del pensamiento moderno las baterías se enfilaron contra el peripatetismo degenerado, así como también contra el peripatetismo original de Aristóteles. Los críticos no tuvieron miedo a perder sus cátedras o ser tachados de herejes o sediciosos (Clavijero, Campoy, etc.). Los hombres que realizaron la crítica sistemática contra este tipo de filosofía fueron Alzate, Bartolache y Agustín Rivera.

¿Cuál fue la herencia que nos dejó la filosofía escolástica? Creó un tipo de relaciones autoritarias que hicieron del mexicano individuos sin iniciativas

propias que cuando los problemas aparecen, éstos esperan que Dios o el gobierno se los resuelvan; mermó el sentido empírico en la mente mexicana y estancó la reflexión metafísica al eliminar el derecho a dudar de las proposiciones y cosas de la fe. Este hecho no sólo refrena la evolución del saber metafísico, sino que dogmatiza y petrifica también una determinada metafísica. El error de la escolástica -dice Sheler-, es haber convertido un sistema histórico en una sedicente "philosophia perennis" que la vacía naturalmente de todo contexto viviente, intuitivo y concreto. El único beneficio que quizá pudo haber dejado la educación escolástica en la Nueva España es haber desarrollado las facultades lógicas.

El fin de la dominación del pensamiento escolástico fue la guerra de independencia, que contradictoriamente pueden destacarse ideas provenientes de esta misma corriente y que se conjugaron con otras de la época moderna para poner fin a la dominación colonial. Este otro hecho pone de manifiesto el gran papel que juega la reflexión filosófica en los momentos críticos de cualquier sociedad.

Después de la guerra de independencia siguió un período de incertidumbre hasta que comenzaron a resurgir dos ideas que marca todo lo que va del siglo XIX y los primeros años del XX. Estas ideas fueron las de libertad y progreso. La primera expresión de estas ideas se dio en el ámbito político y se le llamó liberalismo. La idea de libertad consistía en que ha dejado de ser servil, el que ha conquistado su libertad. Pero esta idea pronto llevó al anarquismo. Esta situación favoreció la entrada del positivismo en México en 1867 por parte de Gabino Barreda quien al reformar los programas de estudio con una mente positivista destierra a la filosofía del ámbito civil y la reduce a los seminarios eclesiásticos y colegios regentados por la Iglesia. La ausencia de la filosofía en la formación académica de los mexicanos se prolonga hasta 1909.

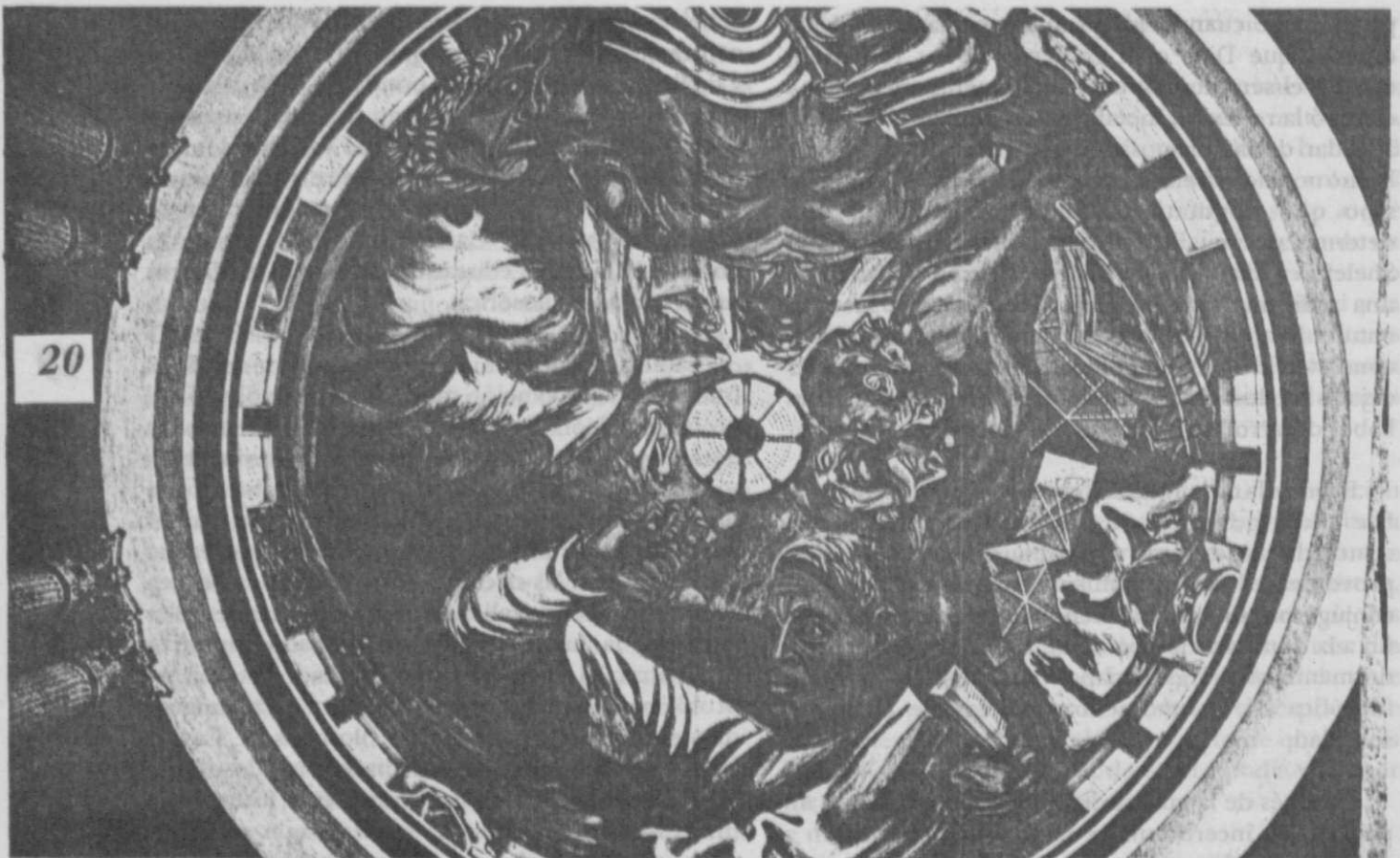
Justo Sierra al restaurar la Universidad de México es obligado por las jóvenes generaciones a que abra una cátedra de Historia de la Filosofía en la Escuela de Altos Estudios y en su discurso oficial desautoriza el positivismo.

El Ateneo de la Juventud inspirado en la filosofía vitalista de Bergson y Boutroux, la filosofía de los valores, la fenomenología de Husserl, la axiología de

Scheler y Hartmann, el existencialismo de Heidegger, contrarrestan al positivismo que entronizó a la ciencia y sin llegar a desconocer las bondades de la misma le asigna un lugar instrumental. Entre los más destacados filósofos de este período están José Vasconcelos que fue un filósofo de acción e influyó en el desarrollo de la educación en México y el consagrado en la enseñanza Antonio Caso. Ambos propugnaron porque el sistema educativo tiene que edificarse sobre una base filosófica.

La filosofía de Samuel Ramos tiene de fondo el fracaso de la revolución mexicana que se olvidó del proyecto nacional y el único proyecto que tenían los hombres del poder era enriquecerse y la educación socialista de los treinta. Desde este contexto, la filosofía de Ramos trata de encontrar las causas profundas de nuestros fracasos, causa que ya no puede estar en las circunstancias materiales sino en el hombre mismo. Valiéndose de las teorías de Adler encontró la fuente explicativa de todos nuestros problemas: "el complejo de inferioridad". Este mismo problema le obliga a desarrollar un pensamiento diametralmente opuesto a las filosofías de Caso y Vasconcelos, no se trata ya de hacer una filosofía de los ideales, desorbitada, proyectada en el futuro, sino una filosofía descarnada, realista, que más que decirnos cómo debemos ser, nos hable de lo que somos; y más que mostrarnos nuestras cualidades enfoque su atención a nuestros defectos. La filosofía de Ramos posee estas características, sólo así pudo responder a la interrogante que planteaba su situación.

Por otra parte, Ramos se opuso a la educación socialista. El argumento principal consiste en afirmar que el sistema de educación que debe regir en un país no puede ser impuesto, porque el pueblo no es una materia dócil a cualquier forma de cultura, sino que sólo es receptiva para aquella forma de cultura que responda a las exigencias peculiares de su carácter, de su personalidad. Pero sobre esta base, la educación debe corregir vicios y desarrollar virtudes de acuerdo con una orientación ideal que debe establecer una nueva antropología filosófica. Al buscar esta orientación ideal, este sentido integral del hombre, Ramos se encuentra con las contradicciones surgidas de la tradición occidental: el sentido espiritual de la vida frente al materialismo contemporáneo. Para estar en la polémica reúne temas de la filosofía contemporánea -Bergson, Ortega, Husserl, Scheler,



Hartmann y Heidegger- y con esto enlaza la preocupación nacionalista con el movimiento filosófico internacional.

En resumen, Samuel Ramos, aprovechando el pensamiento europeo más actual y obedeciendo a las nuevas condiciones creadas por la Revolución Mexicana se propuso fundar sobre datos positivos los ideales de la futura vida mexicana; y en esto dio un paso más allá de sus maestros que habían partido de mitos o principios metafísicos y religiosos. Con su empresa, Ramos contribuyó a hacer consciente las aspiraciones de muchos mexicanos, entre ellos de quienes habrían de tener los puestos directivos del país a partir de 1940, precisamente cuando las reformas llevadas en la década anterior empezaban a mostrar sus resultados.

Samuel Ramos para resolver esta interrogante se hace valer de la corriente fenomenológica de la filosofía de los valores y del existencialismo heideggeriano. El resultado de la filosofía de Ramos fue el haber dejado planteada la cuestión del ser del

mexicano y habernos dejado una axiología de la cultura mexicana.

Leopoldo Zea a partir de lo anterior se pregunta ¿cuál es nuestro ser? He aquí una tarea para nuestra filosofía. Este es justamente el tema de la filosofía de Zea. Tema que hemos visto comenzó a gestarse desde los cuarenta y ha ocupado una parte importante y decisiva como la ética y la filosofía de la historia.

A Leopoldo Zea le toca vivir un momento privilegiado de la filosofía en México. Este privilegio consiste en que un nutrido conjunto de corrientes filosóficas contemporáneas habían llegado a México para dar respuesta a la situación por la que atravesaba el país. Así tenemos la fenomenología de Husserl y Scheler practicada por Antonio Caso y Eduardo García Maynes; el neokantismo de Francisco Larroyo; Oswaldo Robles continuador agudo y polémico del neotomismo; Samuel Ramos difusor de las ideas de Ortega y Gasset; José Gaos, Joaquín Xirau, García Bacca, Roura Parella, Recaséns Siches y Eduardo Nicol vinieron a enseñar en México el historicismo

alemán, sobre todo el de Wilhelm Dilthey y el existencialismo tanto de Heidegger como la versión francesa de Jean Paul Sartre a la vez que traían una nueva visión de Ortega, maestro de muchos de ellos; y el positivismo transformado en materialismo e historicismo no dejó nunca de estar presente en la cultura mexicana (Eli de Gortari, por ejemplo).

Zea se ha movido con singular habilidad dentro de todas estas corrientes filosóficas predominando el historicismo alemán y español, el existencialismo y la tradición filosófica mexicana.

Leopoldo Zea se ha encargado de examinar su momento y afirma que se ha pasado del "sentimiento de inferioridad" (Ramos) al "sentimiento de superioridad". De acuerdo a esto, Zea ya está en posibilidad de enjuiciar y situar históricamente las décadas del sentimiento de inferioridad, tan agudamente señaladas por Ramos. ¿Por qué señala esto Zea?, porque 20 años de paz, sea como fuere (1930-1950), han dado buenos resultados. Leopoldo da por asentado el hecho de la Revolución Mexicana ya que es el centro al cual se remiten, tanto los que están de acuerdo como los que no lo están; ve que todos los problemas pueden ser resueltos sin llegar a la violencia, lo cual supone que tenemos en nuestra realidad y a nuestro alcance los elementos para construir esa solución.

Zea señala que se ha pasado de lo irreflexivo (revolución) a lo reflexivo y por eso es motivo de optimismo ya que la solución a los problemas de nuestra situación tiene que provenir de la reflexión seria, del choque de las ideas. Por eso Zea reclama un lugar para el intelectual dentro de la efectiva política nacional en una actitud que recuerda a Vasconcelos revolucionario que trató de arrebatar dentro del maremagnum un puesto para la gente que piensa.

Por tanto, Zea no cree en la gratuidad del pensamiento filosófico. La filosofía se da porque se necesita, es decir, se origina frente a problemas que requieren solución.

Las filosofías de Ramos y Zea están asentadas en el historicismo, fundamentalmente. El historicismo alberga en su interior la negación de la validez universal de los conceptos. Para éstos, la verdad es siempre una verdad histórica y no pueden situarla dentro de un marco de conceptos universales, puesto que los han

rechazado. Este hecho hace que se pase del estudio meramente historicista al campo de la lógica y por consiguiente al campo de la filosofía en general.

Las críticas al historicismo mexicano están representadas por Emilio Uranga y Edmundo O Gorman, que desde la fenomenología heideggeriana se van a plantear, desde el punto de vista ontológico, el problema. Así tenemos que la filosofía de Uranga trata sobre el ser del mexicano y la de O Gorman del ser de América.

Otras corrientes filosóficas entraron en México y han tenido una significativa influencia tanto en la sociedad como en las universidades del país; éstas son: la filosofía marxista, la analítica y una minoría de académicos que profesan la corriente posmoderna. No quiero prolongar más esta breve relación de la filosofía en México porque creo que estos ejemplos son suficientes para darnos cuenta de que en el país tenemos una gran tradición de reflexión filosófica ligada estrictamente a los problemas que la realidad suscita.

La filosofía ha tenido que ver con los problemas siguientes: frente a los problemas de crisis de autoridad, cuestionamiento del dogma religioso, superación de la ciencia aristotélica, nacimiento de un nuevo orden económico, etc., la filosofía escolástica sirvió para prolongar el régimen medieval en España y por ende en Nueva España; frente a las inquietudes de emancipación española, la filosofía crítica jugó un papel determinante en la revolución de independencia; frente al débil espíritu científico en México propiciado por los tres siglos de escolasticismo decadente, el positivismo se introduce en forma radical en los centros de formación universitaria hasta el extremo de eliminar y reducir la enseñanza de la filosofía a los seminarios y colegios regentados por la Iglesia; frente al espíritu cientista extremo heredado de un positivismo a ultranza, la filosofía vitalista sirve para elaborar un nuevo programa educativo que contrarreste al positivismo y resalte el espiritualismo de la raza; frente al fracaso de la Revolución Mexicana y del socialismo en la década de los treinta, la corriente fenomenológica de la filosofía de los valores y el existencialismo heideggeriano rechazan la filosofía espiritualista por una concepción desencarnada, proyectada hacia el futuro y en su caso proponen una filosofía realista, descarnada, que nos hable de lo que somos; y más que mostrarnos nuestras cualidades que

enfoque nuestros defectos. En resumen, se comienza a hacer ontología del ser del mexicano; por otra parte, frente a la aceptación de la Revolución Mexicana como punto de partida de la vida nacional, el historicismo español y alemán permiten señalar el paso de lo irreflexivo (revolución) a lo reflexivo (período de 1920-1950); del "sentimiento de inferioridad" (Ramos) al "sentimiento de superioridad" (Zea); de que ahora predomina la reflexión seria y el choque de las ideas, de ahí la necesidad de que el intelectual ocupe un lugar en la efectiva política nacional; frente a las concepciones historicistas que han supeditado la verdad a lo histórico (lo mexicano), surge el problema estrictamente lógico, es decir, el problema de la fundamentación filosófica en general, de la universalidad de la filosofía, etc.

Podemos ver cómo en México ha habido una tradición filosófica importante que ha estado ligada al desarrollo del país y que si bien ha sacrificado la parte central de la filosofía como sería la metafísica pura, ésta lo ha hecho en aras de tratar de dar respuesta a los problemas que se han venido presentando desde la época de la colonia hasta nuestros días. Este sacrificio no es propio de la filosofía mexicana, también otros países en determinadas épocas de su historia han tenido que sacrificar la búsqueda de los primeros principios en aras de una filosofía práctica (filosofía política, fundamentalmente). Por este hecho, la enseñanza de la filosofía en las universidades

mexicanas, mientras estemos en una situación no favorable para la reflexión pura y siguiendo la tradición de nuestros predecesores, tenemos que hacer filosofía a partir de los nuevos problemas contemporáneos que aquejan a nuestro país, como son: el problema de las nacionalidades, de la democracia política y económica, de la modernización en todos los campos de la vida social, de la religión, etc.

Ante esta propuesta puede surgir la pregunta y ¿bajo qué perspectiva hay que hacer filosofía en México? Creo que en la actualidad, profesar una camiseta filosófica no es conveniente, ya que los mismos filósofos de este siglo han hecho filosofía conjugando diferentes corrientes filosóficas. Así, es común encontrar que un mismo filósofo puede ser caracterizado como marxista, existencialista, analítico, etc. Pienso que la adopción de una postura filosófica depende de los problemas que la realidad nos plantea y de la manera como se quieran resolver. Lo que sí es preciso resaltar, es que, si bien, el pensamiento contemporáneo está en crisis no nos podemos dar el lujo de claudicar en una postura anarquista o de cubículo bajo el pretexto de que todo se vale para no tomar cartas en el asunto, al contrario, las mejores filosofías se han hecho en tiempos de profundas crisis.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

CASO, Alfonso, El pueblo del sol, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, México, 1962.

LEON-PORTILLA, Miguel, La filosofía náhuatl, estudios en sus fuentes, Segunda Edición, UNAM, México, 1959.

O'GORMAN, La invasión de América, México, 1958.

GALLEGOS ROCAFULL, José M., El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII, UNAM., México, 1974.

NAVARRO, Bernabé, La introducción de la filosofía moderna en México, El Colegio de México, México, 1948.

RAMOS, Samuel, Historia de la filosofía en México, UNAM, México, 1943.

MENDEZ PLANCARTE, Gabriel, Humanistas del siglo XVIII,

Introducción y notas de Gabriel Méndez Plancarte, Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM, México, 1962.

VILLEGAS, Abelardo, La filosofía en la historia política de México, Ed. Pormaca, México, 1966.

ID. La filosofía de lo mexicano, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

GAOS, José, Filosofía mexicana de nuestros días, Imprenta Universitaria, México, 1954.

ZEAL, Leopoldo, El positivismo en México, Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

REYES HERODES, Jesús, El liberalismo mexicano, 3 vols., UNAM, México, 1961.